

EL SERVICIO, MOTOR UNIVERSAL

por Francisco-Manuel Nácher

1.- La mayor parte de la Humanidad no comprende por qué suceden las cosas. Piensa que la vida es una especie de lotería y no le encuentra ningún sentido a lo que le sucede, ni de bueno ni de malo.

2.- Sin embargo, cuando se estudia un poco de ocultismo y se familiariza uno con las dos leyes cósmicas fundamentales, la de Causa y Efecto o del Karma y la de Renacimiento, todo se aclara y cobra sentido.

3.- Y acaba de aclararse totalmente cuando se conoce la tercera ley cósmica, que establece que todo trabaja para el bien, es decir, que todo acaba siempre conduciendo al bien.

4.- DAR GRACIAS ¿A QUIÉN?

Dado que Cristo es el Regente y el espíritu interno de nuestra Tierra, cada vez que comemos, ingerimos Su carne y cada vez que bebemos, Su sangre. Por ello suena, en el mejor de los casos, como un contrasentido el pedirle, al sentarnos a la mesa, que bendiga nuestros alimentos, puesto que nuestros alimentos son ya santos. Sin embargo, sí podemos y debemos darle gracias por ellos.

Meditaba recientemente sobre este tema, imaginándome dando gracias, sentado ante la mesa preparada para, con mi familia, dar comienzo a una comida cuando, como ocurre siempre que se medita, de repente, empecé a ver claro; comenzaron a llegarme una serie de evidencias en las que nunca había reparado y que, como siempre también, desembocaban en la certeza de que, aunque no lo queramos o aunque no lo creamos, en todo momento estamos formando parte de un todo al que influimos y que nos influye.

El punto de partida, como he dicho, fue: Si bien es cierto que resulta superfluo pedir a Dios que bendiga nuestros alimentos, sí parece lógico que, sentados frente a ellos, y antes de proceder a ingerirlos, agradezcamos el hecho de poderlo hacer.

Pero pronto vi que ese alimento lo debíamos agradecer a muchas personas, a muchos seres. Y apareció en la pantalla de mi mente, mi esposa, que había dedicado su tiempo y su ciencia culinaria, en primer lugar, a buscar, elegir y adquirir, y luego a preparar aquellos alimentos de la manera que más agradable nos fuesen, con la mayor ilusión y dejando seguramente de hacer otra cosa que le hubiera resultado más atractiva; le debíamos, pues, mis hijos y yo, agradecimiento por ello. Parte, pues, de nuestra acción de gracias debería ir destinada a ella.

Pensé luego en el tendero, los tenderos que le habían proporcionado los alimentos, así como las fábricas que los habían confeccionado y preparado. Todos ellos buscaban su negocio, es cierto, pero, al mismo tiempo, inconscientemente, estaban desempeñando su papel en el engranaje de la vida y, gracias a ellos, aquellos alimentos habían llegado a nuestra mesa. A esos tenderos, pues, debería ir dirigido también algo de nuestro agradecimiento.

Recordé a continuación a los mayoristas, los transportistas, los mediadores de todo tipo, que habían consagrado parte de su tiempo y de su actividad a hacer posible que, en ese momento, tuviésemos esos alimentos frente a nosotros.

Mi mente me presentó luego los trabajos y los sinsabores de los agricultores, desde la siembra - o, incluso, desde la preparación de la tierra para la siembra - pasando por la labranza, el rastrillado, los riegos, la escarda, los tratamientos, el abonado, etc., hasta llegar a la recolección que, además, en muchos casos, incluye la siega, la trilla, etc., y va seguida por el transporte, el almacenamiento y el tira y afloja con los mayoristas para obtener la correspondiente compensación económica. Otra parte, pues, y no pequeña, de nuestro agradecimiento, debería ir destinada a los agricultores que, en contacto directo con la tierra, realizan diariamente el milagro de multiplicar los alimentos.

Pero mi mente no se detuvo ahí. Enseguida caí en la cuenta de que, antes que los agricultores habían actuado quienes les facilitaron las semillas, los aperos agrícolas, los abonos, los medios de transporte, etc., ya que sin ellos y su acción, tampoco los alimentos hubieran llegado a nosotros. Y más aún: Los que dieron lugar, con sus investigaciones y sus inventos, a la selección de las especies vegetales, a la fabricación de las máquinas y herramientas agrícolas, quienes descubrieron y transmitieron las leyes de la vida vegetal y los usos agrícolas e, incluso, quienes dieron lugar a las disposiciones legales que regulan la producción y tráfico de los alimentos; y quienes inventaron, fabricaron y permitieron que llegaran a mi casa los utensilios de cocina que mi esposa había utilizado; y quienes hicieron posible que cada una de esas personas recibiese durante su vida el alimento que la mantuvo activa y la hizo capaz de desarrollar su labor; y los que construyeron sus casas e hicieron posible que se vistiesen y tuvieran luz y agua; los que los cuidaron en sus enfermedades y los que les compraron sus productos, haciendo posible que todo el tránsito de la vida continuase. También ellos merecían nuestra gratitud.

No tardé en darme cuenta, sin embargo, de que había más seres a los que debíamos dar las gracias: En primer lugar, las plantas y frutas que nos disponíamos a comer, habían dado su vida por nosotros. ¡Nada menos que la vida! Una vida física, una encarnación, para hacer posible una comida nuestra. ¿Podríamos nunca agradecer bastante a los espíritus de dichos vegetales, así como a sus espíritus-grupo, tal sacrificio? ¿Y qué decir de los espíritus de la naturaleza que hicieron posible el crecimiento de todos esos alimentos? Y, al fin, como base, como resumen, tras destinar nuestra acción de gracias a una serie casi ilimitada de seres, acabé, como es lógico, donde se termina siempre: En última instancia, debemos agradecer nuestros alimentos a la Madre Tierra, que ha hecho posible la vida física y la actividad de todos, esta Tierra cuyo Espíritu Interno es, precisamente, el mismo Cristo. Eso es, indudablemente, lo que Él tenía in mente cuando afirmó que, al comer y beber, comíamos y bebíamos Su cuerpo y Su sangre. Y eso es lo que nos hace pensar que constituye casi una blasfemia el pedir a Dios que bendiga nuestros alimentos. Nuestros alimentos son más que benditos, son obra de Dios a través de miles y miles de seres, hermanos nuestros, incluso muchos de ellos pertenecientes a otras oleadas de vida, todos los cuales han trabajado y están trabajando para hacer posible nuestra existencia actual.

Al llegar a este punto no pude evitar un estremecimiento. Resultaba verdaderamente impresionante, prácticamente inabarcable y casi incomprensible, aunque evidente que, desde el origen de los tiempos, hubiera habido seres trabajando para hacer posible aquella nuestra comida; lo cual equivalía a decir que aquella comida nuestra estaba incluida en el Plan Divino que comprendía toda la Creación... Y todos esos seres, todos actuando, en todo momento, con entera libertad, al tiempo que realizaban su labor y con ello evolucionaban, hacían posible inconscientemente el cumplimiento exacto y puntual de ese plan divino, en cuanto a nuestra alimentación se refería.

Un segundo estremecimiento me sacudió al dar el siguiente paso: Nosotros, mi esposa, mis hijos y yo, también formábamos parte de esa Humanidad, también actuábamos y pensábamos y hablábamos continuamente, también éramos miembros de esa cadena de seres que, innegablemente, están dando cumplimiento al plan de Dios y, por tanto, cada instante de nuestras vidas estábamos siendo protagonistas de dicho plan, en cuanto que nuestras acciones iban a producir unos efectos innegables, inevitables, incalculables e imprevisibles en una serie de seres en los que ni siquiera pensamos pero que, en el Plan Divino son destinatarios de los efectos de nuestro paso por la vida...

Vi entonces claramente, qué gran responsabilidad entraña cada pensamiento, cada palabra, cada deseo, cada acto e, incluso, cada omisión. Comprendí, de manera incontestable, de qué modo tan fácil, tan sencillo y tan discreto actúa la Ley de Consecuencia; y me percaté, de un modo que ya nunca podré olvidar, de que no estamos nunca solos, de que somos únicamente un

eslabón en la enorme cadena que supone la vida, pero en la que todos los eslabones son protagonistas: Que, aunque en algún momento de nuestras vidas podamos sentirnos olvidados o abandonados, ello no será más que una ilusión nuestra, consecuencia de nuestros propios actos y de nuestras propias y consecuentes limitaciones, pero realmente imposible, puesto que imposible nos resulta a todos renegar de nuestra filiación divina. Comprendí, experimenté en mi propia carne mental, qué gran consejo es aquel de actuar siempre de acuerdo con las leyes naturales, de no oponernos a ellas, pues sólo desgracias nos acarrearíamos y que, puesto que todos somos uno en Dios, el pensamiento clave de nuestras existencias debe ser el formulado por el propio Cristo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”.

La Creación entera, pues, no es sino una ininterrumpida, ilimitada e interminable corriente de amor, desde Dios hasta Sus criaturas, sin olvidar ninguna; y otra corriente, de justísimo agradecimiento, de las criaturas hacia Dios. Todos somos uno, todos nos influimos, todos necesitamos de los demás, todos ayudamos a los demás, todos nos debemos amor, todos nos debemos agradecimiento, todos vivimos en Dios y Dios vive en todos. ¿Cabe nada más hermoso y confortador?

5.-

LA BICICLETA

Tendría yo los doce años cuando mi abuela paterna, que vivía en Madrid, me regaló una bicicleta. Yo, hacía ya tiempo que soñaba con tener una pero, por un lado la tuberculosis que había padecido dos años antes y que me impedía el esfuerzo físico violento y, por otro, la penuria económica de la familia, habían convertido mi sueño en eso... un sueño. Por lo tanto, el regalo de mi abuela fue como algo llovido del cielo que agradecí intensamente.

Pero ocurrió que, mientras yo me dedicaba a chocar contra todos los árboles del jardín, que se empeñaban en ponerse delante de mi bicicleta, a mi primo Vicentín, dos años mayor que yo, y que también vivía en el mismo edificio que nosotros porque su padre, hermano del mío, era igualmente Perito Agrícola allí, le regalaron otra bicicleta, pero ésta con dos ruedas pequeñas adosadas a la posterior de aquélla, de modo que él no se caía y yo estaba siempre en el suelo. Días después, claro, cuando yo ya sabía dirigir la bicicleta y mi primo tuvo que aprender a ir sobre dos únicas ruedas, la situación se invirtió. Pero yo me voy a referir a la intervención de mi abuelo durante esos días en que yo, a pesar de su ayuda, sujetándome por detrás del sillín para arrancar, iba directo contra los árboles.

Tras un porrazo considerable, le dije a mi abuelo que prefería la bicicleta de mi primo. Que la mía no me gustaba porque siempre se caía y chocaba contra todo.

Mi abuelo, pensativo, me indicó que bajase de la bicicleta y nos sentamos en un banco del jardín.

- Hace unos días - me dijo - soñabas con una bicicleta, ¿no?

- Sí - le dije.

- ¿Y ya no la quieres?

- No.

- ¿Por qué?

- Porque no es buena. Me caigo. Y Vicentín, no.

- ¿Y, si Vicentín no tuviera bicicleta, te gustaría la tuya?

Aquello me pilló de improviso. No me lo había planteado. Pero no tuve más remedio que decir:

- Sí.

- Pues es dos veces una pena.

Yo, todo intrigado, me apresuré a preguntar:

- ¿Por qué?

- Porque serías feliz y así no lo eres. Y porque es muy triste que todo lo que tanta gente ha trabajado para que tú tuvieras una bicicleta, sólo sirva para que tú no la quieras.

Yo no alcanzaba a seguir las palabras de mi abuelo. ¿Dónde estaba esa gente de que me hablaba? ¿Y qué trabajo habían hecho para mí? No pude evitar preguntarle:

- ¿Qué gente?

- ¿Tú crees que las bicicletas caen del cielo como la lluvia?

- No.

- Pues vamos a pensar un poquito. ¿Qué crees tú que hace falta para fabricar una bicicleta?

- Metal - dije yo, tras una leve vacilación.

- Bueno... sí. Pero, ¿el metal se fabrica solo?

- No.

- ¿Y la bicicleta se inventa sola?

- No.

- Piensa un poco y dime qué clase de personas piensas tú que se necesitan para hacer una bicicleta, contando desde el principio.

Aquello ya era uno de los desafíos típicos de mi abuelo que tanto me gustaban, así que agucé la inteligencia y comencé:

- Un inventor.

- Muy bien. ¿Y quien más?

- Mineros que saquen el metal de la mina.

- ¿Y?.

- Fundidores que hagan el tubo.

- ¿Y?

- Los que doblan los tubos y hacen la bicicleta.

- Bueno, ¿ya está?
 - No. Un pintor que la pinte... - y ahí me quedé atascado.
 - ¿Y los neumáticos?
 - ¡Ah, sí! - dije. - Un campo de árboles de caucho y hombres que lo recojan y una fábrica que haga la goma y alguien que le dé la forma de rueda y...
 - ¿Y los faros?
 - Bueno, hace falta una fábrica de cristal.
 - ¿Y antes?
 - Arena. Y la fábrica y los trabajadores que hacen el cristal.
 - ¿Y el sillín?
 - El sillín... Hace falta un animal . Que lo maten, que le quiten la piel, que la sequen, que hagan el sillín, que lo pinten...
 - ¿Y todas esas piezas se juntan ellas solas para formar la bicicleta?
 - No... todos tienen que vender lo que han hecho a una fábrica de bicicletas. Y allí han de fabricarla juntando las piezas.
 - ¿Y ya está?
 - Bueno, luego hay que llevarla a la tienda y la tienda ha de vendérsela a la abuela. Y luego alguien ha de traerla desde Madrid aquí.
 - ¿Y antes de todo eso? - preguntó mi abuelo.
 - ¿Antes? - respondí sorprendido.
 - ¿Piensas que los mineros que sacaron de la mina el mineral de hierro para tu bicicleta fueron los primeros del mundo y nacieron sabiendo trabajar en la mina?.
 - No.
 - ¿Entonces?
 - Bueno, antes que ellos hubo muchos mineros...
 - ¿Y?
- En un instante comprendí lo que pretendía mi abuelo y me sumergí en un mundo inimaginado:
- Y les enseñaron. Pero antes hubo otros que enseñaron a éstos. Y antes otros... - me quedé pensativo un momento - y así hasta que lleguemos al que descubrió que el hierro salía de aquel mineral.
 - ¿Piensas que sería un hombre solo?
 - Bueno, no. Serían muchos: Uno que se dio cuenta primero y luego muchos que inventaron el sistema para hacer mucho hierro y lo enseñaron a otros y...
 - ¿Y qué pasa con las pinturas y con el cristal del faro y con la piel del sillín?
 - Pues lo mismo - contesté abrumado. Ante mí desfilaban centenares, miles de hombres empeñados en pensar, investigar, descubrir y trabajar para hacer mi bicicleta - que ha habido muchos trabajando durante mucho tiempo.
 - Bien - dijo mi abuelo satisfecho.- En total, ¿cuántas personas calculas, poco más o menos?

- No sé. Muchísimas. Miles, muchos miles..
 - ¿Y cómo te imaginas a esas personas que han hecho posible tu bicicleta?
 - Pues, personas normales. Personas que trabajan en un sitio y que su trabajo es hacer lo que sea.
 - ¿Piensas que serán ricas o pobres?
 - La mayor parte pobres, porque serán trabajadores.
 - ¿Y tendrán familias?
 - ¡Claro!. Tendrán mujer e hijos.
 - ¿Y tendrán bicicletas?
 - A lo mejor, no.
 - ¿Y, si ellos no hubieran hecho su trabajo, tú tendrías tu bicicleta?
 - No.
 - Luego todos ellos, desde el principio, fíjate bien, desde el principio, han trabajado para ti, ¿no?
 - Sí.
 - Quizá les hubiera gustado más descansar o pasear o estar con sus hijos. Pero han trabajado para ti. Claro que necesitaban trabajar para poder comer ellos y sus familias. Pero eso no cambia nada, ¿no? Lo cierto es que gracias a ellos tú tienes bicicleta y ellos seguramente no.
 - Sí.
 - ¿Y de tu abuela qué me dices? A ella no le sobra el dinero. Pero se ha sacrificado para que tú tuvieras la bicicleta, ¿no?
 - Sí. - dije, visualizando a mi abuela Salvadora y agradeciéndole el sacrificio.
 - ¿Te parece, pues, correcto que, después de tanto trabajo y después de haber llegado la bicicleta a tus manos, tú digas que no la quieres porque no te atreves a aprender a montarla o porque te parezca mejor la de tu primo? ¿Qué crees que pensarían todos los que han hecho posible que la tengas, si supiesen que todo su esfuerzo fue en vano y que su trabajo no te gusta?
- Yo estaba confuso. En un instante comprendí lo interdependientes que somos unos de otros, lo que nos necesitamos, lo importante que cada cual es, lo maravilloso de esa conexión misteriosa que nos relaciona de modo inevitable con gente que no conocemos ni conoceremos nunca, pero que nos resulta necesaria, de gente que se sacrifica, se esfuerza, se cansa, en beneficio nuestro, aunque nosotros no nos demos cuenta...
- La bicicleta de Vicentín - prosiguió mi abuelo - la han hecho otras personas para él y a ellas deberá agradecérsela. Tú tienes la tuya que, pensando en tanta gente que se sacrificó por ti, debes agradecer profundamente. Aprende a montar así y, cuando aprendas, aunque te cueste algún coscorrón, no te volverás a caer nunca. Por otra parte, piensa que todos somos importantes, necesarios, para que el mundo funcione y que, cuando hacemos algo, por pequeño e insignificante que parezca, influimos en todo el universo, que ya nunca vuelve a ser el de antes...

Desde aquel momento mi bicicleta me pareció la cosa más maravillosa del mundo. Y hasta la cuidé más, pensando en todos los esfuerzos que había costado a tanta gente que, sin conocerme de nada, había hecho posible algo que yo deseaba intensamente. Y aprendí que todo tiene un precio, su precio justo, que hay que pagar en esfuerzo. Y que todo lo que tenemos, aunque lo creamos nuestro, se lo debemos siempre a otros. Y comprendí la importancia de cada uno de nuestros actos, cuyas consecuencias pueden llegar a lugares y a tiempos remotísimos e influir, positiva o negativamente, en vidas jamás imaginadas. Mi abuelo, sin darle importancia, acababa de enunciar para mí el tan celebrado hoy ‘Efecto Mariposa’.

6.- El servir, pues, es inevitable porque “vivir es servir”. Ese servicio, sin embargo, puede prestarse consciente o inconscientemente. Y, si se presta conscientemente, es decir, sabiendo que se presta, puede hacerse con deseo de servir o puede hacerse protestando y pataleando. En el primer caso, la evolución será rápida y las vidas sin grandes sobresaltos. En el segundo, será lentísima, y las vidas, una sucesión de desgracias y problemas de todo tipo, y el karma producido, cada vez mayor.

El cartero que pasó, de saberlo y patalear, a saberlo y servir a gusto.

7.- Todo hace bien a alguien, aunque, a primera vista parezca totalmente negativo. Si alguien me roba, de momento me perjudica pero, al mismo tiempo, me presta el servicio de darme cuenta de lo negativo que es robar, y de que, lo que tengo lo puedo perder en cualquier momento, luego no he de valorarlo como algo que forme parte de mí ni basar en su posesión mi felicidad. En cuanto al ladrón, si es detenido y sancionado, tendrá ocasión de reflexionar y reinsertarse en la sociedad. Y, si no, tras la muerte, experimentará en el Purgatorio todo el daño que me hizo y la aprenderá definitivamente para ponerla en práctica en la siguiente vida. Y, si ni en ésta lo hiciese, se repetiría el proceso las veces que fuesen necesarias para que la aprendiese. Luego el mal inicial, desembocará, en todo caso, en bien para los dos. Y lo dicho para el que roba sirve para el que de cualquier modo perjudica a otro con sus pensamientos, deseos, palabras, obras u omisiones. Por eso la Humanidad mejora.

Por eso la Humanidad evoluciona hacia mejor. Porque todo conduce al bien.

8.- La evolución, pues, sólo es posible mediante la vida. Y la vida, como hemos visto, es servicio. Luego, sólo es posible evolucionar mediante el servicio.

9.- Todos formamos un organismo, ya que somos células en el cuerpo de Dios, centros de conciencia suyos y, por tanto, sin poderlo evitar, todo lo que cada uno hace, repercute en todos, para bien o para mal, de modo inmediato aunque, de modo mediato, siempre para bien, pues a alguien le sirve para aprender y avanzar, como hemos visto.

10.- Se nos ha enseñado que Dios crea por amor. Pero, a poco que meditemos, comprobaremos que el amor sólo tiene una manera de manifestarse: el servicio.

Porque, ¿cómo podemos definir el amor? ¿No es lo que nos hace sacrificarlo todo por la felicidad del ser amado? ¿Y qué es ese “sacrificarlo todo” sino poner a su disposición nuestras capacidades y posibilidades para ayudarlo a ser feliz, es decir, servirle?

11.- ¿Quién, en nuestro concepto, nos ha amado más? Sin duda, nuestra madre. Porque su amor ha sido un amor verdadero, sin esperar correspondencia, un amor seguro. En ella hemos encontrado todos un cobijo seguro, un refugio a prueba de suspicacias y traiciones y engaños, un consuelo cuando lo hemos necesitado, una ayuda desinteresada cuando nos ha hecho falta, una caricia cuando hemos estado deseosos de ella, una comprensión sin límites, un defensor a ultranza...

12.- ¿Y todo eso que nos parece tan maravilloso, qué es? Sencillamente, servicio.

13.- Cuando examinamos nuestra vida, toda nuestra vida bajo este prisma, pronto nos damos cuenta de que, desde el mismo momento de nacer, y aún antes, no hemos hecho otra cosa que recibir servicios de otros y prestar servicios a otros.

Veamos sino, grosso modo, una vida corriente:

a.- Para renacer necesitamos de la ayuda de unos padres que nos presten sus genes. Necesitamos a los ángeles que colocan el átomo

simiente de nuestro cuerpo físico en el espermatozoide que fecundará el óvulo del que saldremos, y el arquetipo de nuestro cuerpo físico en el útero de la que será nuestra madre.

b.- Durante los primeros veinte días de gestación, será nuestra madre la que formará el embrión. Y, pasados éstos y penetrado nuestro espíritu en su útero, seguirá colaborando con nosotros hasta los cuatro meses, momento en el que nuestro espíritu penetrará en el embrión y se encargará ya de la construcción. Pero ella seguirá proporcionándonos la sangre, el oxígeno y las materias necesarias para nuestro trabajo.

c.- Durante la gestación y al ver la luz o, mejor dicho, para ver la luz, necesitamos los servicios de médicos, comadronas, enfermeras, etc.

d.- Durante los primeros meses, necesitamos el pecho materno y, hasta unos años más tarde, sus cuidados, su atención permanente y su paciencia infinita y, sobre todo, su amor.

e.- Nuestro padre, además de su colaboración en la fecundación, ordinariamente trabaja para aportar el sustento, nos cobija bajo su protección, se preocupa junto con la madre de nuestra educación, es feliz si lo somos y es desgraciado si somos desgraciados.

f.- Los padres, pues, ya durante toda la vida viven a través de sus hijos, de modo que si éstos no son felices, ellos no pueden serlo.

g.- Pero, durante la niñez y la adolescencia necesitamos de muchos más servicios: los maestros, los amigos, los médicos, los parientes...

h.- Y, sin darnos cuenta, nos introducimos en un intercambio de servicios. Porque, ¿quién cultiva y recolecta y manipula y vende y compra y cocina nuestros alimentos? ¿y quién hace posibles nuestros vestidos? ¿y quién nos transporta? ¿y quién nos entretiene mediante libros, periódicos, radio, televisión, cine, conferencias, viajes, etc., etc.?

i.- Si bien se mira, en ningún momento estamos libres de utilizar algún servicio prestado por nuestro prójimo.

14.- Pero, no nos engañemos: porque, desde que empezamos a movernos en la sociedad, formamos parte también de los que prestan servicios a los demás. A los amigos, a los vecinos, a los conocidos, a los que nos ayudan, a los que nos oyen, a los que nos leen y hasta a los que nos perjudican.

¿A los que nos ayudan y a los que nos perjudican? ¡naturalmente! Porque, por ejemplo, no podemos negar que el conductor del autobús nos presta un servicio. Pero nosotros, al utilizarlo, le prestamos a él otro, ya que hacemos posible que la línea funcione y él pueda trabajar y mantener a su familia, etc. Y tampoco podemos negar que al que nos perjudica le ayudamos siendo la víctima necesaria de sus negatividades, de las que más pronto o más tarde, aprenderá las lecciones oportunas, como hemos dicho ya antes. Ello sin perjuicio de que nosotros podemos también impartírselas mediante nuestro comportamiento: no violencia, perdón, comprensión, tolerancia. O, por el contrario, respondiendo con violencia, en cuyo caso también la enseñaremos lo que se experimenta cuando se es víctima de ella, además de tener nosotros luego que aprender la lección.

15.- Los constructores de las catedrales góticas eran iniciados y sabían y querían servir a Dios y a los hombres. Por eso dedicaban toda una vida a construir un templo o a tallar una sillería, y sus obras eran perfectas, de tal modo que hoy no seríamos capaces de hacer obras así. Porque cada piedra iba acompañada de una oración y una vibración de amor y de servicio.

16.- Hemos visto que los hombres no podemos evitar servir. Pero es que eso les ocurre también a los demás seres. Así:

a.- El mineral sirve al vegetal, al animal y al hombre siendo la base de sus cuerpos físicos y, además, el nutriente de los vegetales.

b.- El vegetal sirve al mineral al descomponerse en minerales orgánicos que le hacen avanzar en su evolución; y al animal y al hombre,

puesto que les sirve de alimento y, en muchos casos, de vestido (algodón, lino, esparto, cáñamo, etc.), de medicina (herbolarios) o de materia prima (madera, caucho, resinas, corcho, etc.)

c.- El animal sirve al mineral como el vegetal; a éste polinizando sus flores, esparciendo sus semillas, alimentándolo con sus deyecciones; y al hombre sirviéndole de alimento, ayudándole en sus labores, defendiéndolo, haciéndole compañía y hasta vistiéndolo: lana, pieles y plumas.

d.- Y el hombre sirve al mineral como el vegetal y construyendo con él miles de objetos; al vegetal ingiriéndolo y ayudándole en su evolución, sembrándolo, seleccionando sus especies, cultivándolo, abonándolo, etc.; y al animal ingiriéndolo, seleccionando sus especies, adiestrándolo, etc.

17.- Las Bellas Artes (arquitectura, escultura, pintura, danza, poesía, prosa literaria, teatro, cine y música no son sino la prestación de servicios que nos elevan y nos aproximan a la Belleza de Dios.

Los medios de comunicación (prensa, radio, TV y, recientemente, Internet, la telefonía móvil, etc.), por su parte, nos permiten conocer los hechos, los sucesos, los acontecimientos y las opiniones, las ilusiones, las actuaciones y los esfuerzos ajenos, que nos prestan los correspondientes servicios, aumentando nuestra información y, con ello, nuestro discernimiento y nuestra capacidad de decisión.

18.- En última instancia, todas las virtudes no son sino aspectos del amor y, por tanto, del servicio: Fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, humildad, largueza, castidad, paciencia, diligencia, etc.

19.- Las sociedades más avanzadas son aquellas en las que el sector “Servicios” (educación, sanidad, transporte, comunicaciones y distribución) ocupa a la mayor parte de la población, a diferencia de las más atrasadas, que dan trabajo a la mayoría de la población en los sectores primario (agricultura y minería) y secundario (fabricación y manufacturación). El país más evolucionado, el que más servicios presta.

20.- No hay nada inútil o que no sirva para nada o que no sea aprovechado por alguna manifestación de vida. Ése el argumento del gran guión concebido por el Creador para Su obra que, como todas las obras clásicas, no tiene personajes innecesarios ni superfluos.

21.- Visto todo lo que antecede, ¿por qué es conveniente el estudio? Porque, cuanto más se sabe, mejor y a más seres se puede servir. El minero sirve, pero el ingeniero de minas puede servir a muchas más personas. El analfabeto sirve, pero el literato llega, y por tanto sirve, a muchas más personas. El profano en ocultismo, puede ayudar mucho, pero el estudiante, que conoce las leyes del pensamiento y de los deseos, y está familiarizado con las leyes cósmicas y naturales, puede ayudar mucho más y con mucha mayor eficacia.

22.- El mundo, la Creación toda es, pues, un conjunto aparentemente heterogéneo, pero integrado, estructurado, armónico y equilibrado sólo por el servicio, manifestación exterior de su cara interna que es el amor.

Todos, pues, servimos. Y todos somos servidos. Sin excepciones. En todos los sentidos, en todos los aspectos y a todos los niveles. Con lo cual, al final, todo queda equilibrado.

23.- Por eso el mal karma, los actos negativos, el daño realizado, sólo se pueden pagar con servicio. Es la única manera.

24.- Si consideramos que todo lo que hacemos sirve a alguien porque, tanto si lo hacemos bien como si lo hacemos mal, se convertirá en bien, comprenderemos la grandeza y la sencillez de la concepción divina de la Creación.

25.- ¿Qué diferencia hay entre la madre Teresa de Calcuta y un carpintero? La primera dedicó toda su vida y todas sus energías a servir y sirvió voluntariamente, sabiendo que servía. El carpintero sirve sin saberlo y sin dedicar a ello más que la energía y el tiempo estrictamente necesarios. Por eso la labor de la primera es mayor, más elevada y más positiva, para ella y para los demás. Pero los dos sirven al prójimo.

26.- El Lavatorio de pies, se debe al servicio que los apóstoles habían prestado a Cristo como discípulos suyos. Porque, sin discípulos no es posible el maestro. Y el maestro debe a sus alumnos el haberle hecho esforzarse por exponer las cosas de modo comprensible y por responder a sus preguntas y por resolver sus dudas.

Hay maestros que aconsejan a sus discípulos: “Haced lo que yo digo y no lo que yo hago”. ¿Es desfachatez o humildad? San Pablo decía aquello de que “lo que quiero hacer no lo hago y, en cambio, hago lo que no quería hacer”.

27.- Wagner, en su ópera Parsifal hace a éste dar las gracias a Amfortas porque, con su dolor, consecuencia del pecado, le enseñó y le evitó caer en el mismo error. Y Parsifal le agradece el servicio en una conocida aria titulada “Nur eine Waffe taugt”, “sólo un arma sirve para curar tu herida: la misma que la causó”.

28.- Max Heindel: “El **servicio** amoroso y desinteresado al prójimo es el camino más corto, más seguro y más gozoso hacia Dios”.

29.- Nuestro **servicio** dominical es **servicio**, porque venimos a evocar una energía que ha de beneficiar a otros, que están maduros para ello, atrayéndolos ..

30.- “El que quiera ser el primero, sea el último y el **servidor** de todos”

31.- “Compórtate con los demás como a ti te gustaría que los demás se comportasen contigo. Y, ¿cómo te gustaría que se comportasen contigo? Haciendo todo lo posible por que fueras feliz, por que tuvieras lo que deseas, por que vieras realizados tus ilusiones, por que estuvieras sano, siendo amables contigo... en una palabra: sirviéndote.

32.- ¿Qué fue la Redención sino un servicio? ¿Y qué siguen siendo las venidas anuales de Cristo para constreñirse seis meses en la Tierra, sino un servicio continuado durante miles de años?

33.- Las doce Jerarquías Creadoras (Xeofines, Terafines, Serafines, Querubines, Sres. de la Llama, Sres. de la Sabiduría, Sres de la Individualidad, Sres. de la Forma, Sres. de la Mente, Arcángeles y Ángeles, más ja Jerarquía compuesta por hombres evolucionadísimos) no han hecho ni hacen otra cosa que servirnos, ya que nos están, permanentemente, ayudando a evolucionar. Hasta los Luciferes lo hacen, si bien por el camino de la izquierda. Pero nos sirven. Lo mismo que los elementales y los Espíritus de la Naturaleza, sin los cuales serían imposibles nuestro cuerpo y su funcionamiento.

34.- Todo, pues, es necesario en el plan divino. Todo cumple un papel. Todo tiene un fin y una utilidad. Todo está orientado a algo. Pero todo, inevitablemente, sirve al todo.

35.- Resumen: vivir es servir. Pero servir es vivir. Es decir, servir sabiendo que se sirve y haciéndolo con ilusión y con amor, es vivir la vida tal y como debe vivirse.

Terminaré con un poema de mi autoría que refleja lo dicho en esta charla y que se titula:

TU HUELLA EN EL MUNDO

¿Tú crees que, cuando mueras,
no quedará de ti memoria alguna.
De aquello que tú eras,
de tu vital fortuna,
de tu decir y tu pensar... ¿ninguna.

¡Estás equivocado!
Todo lo que tú haces queda unido
a lo que has deseado,
a todo lo sentido
y a lo que en tu interior se ha producido.

Y, como parte que eres
de un todo superior, que es más profundo,
aún si tú no lo quieres,
tu aspecto más fecundo

recrea cada instante todo el mundo.

Y todo el mundo tiene
algo de ti, sin que tú lo pretendas;
Y, en el tiempo que viene,
en todo habrá las prendas
de lo que, sin saberlo, al mundo ofrendas.

Procura, pues, que el fruto
de tu boca, tus actos y tu mente,
constituya un tributo
positivo y decente
que haga un mundo mejor para la gente.

* * *